

— ¡Manos á la obra! — exclamó Agripina
— Retírate, Nerón.

En efecto se retiró el príncipe, no sin haber extremado las caricias á su madre, como pedía lo extraordinario del caso y lo supremo del momento.

— ¡A Locusta! — dijo Vitelio.

— ¡A Locusta! — repitió Agripina.

— ¡Vamos!

— Yo sé los caminos cubiertos que conducen al subterráneo suyo.

— ¡Marchemos!

— No tenemos necesidad alguna de guía y conductor.

— ¡Justo!

— Yo iré diciéndote nuestro camino y tú lo esclarecerás con una antorcha.

— ¡Sí, vamos los dos solos! No tenemos necesidad ni de guardias que nos sigan, ni de siervos que nos precedan. Cuanto menos gente participe de nuestros actos, más en secreto habrán de quedar sus móviles determinantes y más ignorados sus horribles efectos. Vamos con precipitación, que la mañana puede impedirnos el paso, y un día malogrado perdernos sin remedio. ¡Vamos, vamos, vamos!

— Pero aguarda un momento.

— ¿Vacilas?

— No vacilo.

— ¿Qué te detiene?

— Una idea.....

— ¿Cuál?

— Que no hacemos nada con tener una envenenadora.

— ¿Qué más necesitas?

— Necesito un médico.

— ¿De veras?

— Quiero dar aires de remedio á la muerte.

— Y lo es para nosotros.

— ¡Y tanto!

— Pero si lo divulgas mucho, puedes topar con una revelación del secreto.

— Así como cuento con Locusta para componer la mixtura del veneno, cuento con un médico para propinarlo, Vitelio.

— No lo dudo: á matar están los médicos dispuestos siempre. ¿Y quién es?

— Xenofonte.

— ¿Xenofonte? — preguntó con asombro Vitelio.

— En persona.

— Pues debe á Claudio muchos favores.

— ¡Qué quieres! Así es el mundo.

— Recuerdo que necesitando de la justicia romana una merced para su patria.....

— ¿Para Rodas?

— Para Rodas; Claudio, emperador y todo, se presentó ante los tribunales é informó en pro de los rodios, alcanzando una suprema favorable sentencia.

— Claudio es viejo, Nerón joven. El tiempo destruye al uno, y al otro lo prospera. Mientras Claudio decrece, Nerón crece con los años. Y todos cuantos han ejercido grande influjo se van á una con los poderosos jóvenes, en el temor de no ser de nadie ya servidos por no servir ellos á nadie. Dispondremos como queramos de Xenofonte.

— Vaya en gracia.

— Partámonos.

— Partámonos.

— Cosa terrible habérselas con maga semejante.

— ¡Y tan terrible!

— La creo capaz de petrificarnos.

— Tanto como eso no; pero sí de darnos mal de ojo.

— ¡Ya lo creo!

— Tomemos las disposiciones indispensables á la conjetura de cualquier maleficio.

— Voy á ponerme, Vitelio, mi collar de ámbar en forma de media luna.

— Paréceme bien el amuleto, Agripina.

— Coge tú el clavo de hierro que ahuyenta y conjura todo peligro.

— Lo cojo.

— Póngome al dedo del corazón un anillo de Serapis. Toma tú otro.

— Tráelo.

— Ahí está.

— ¡Perfectamente!

— Con ese dios asiático, grabado en la piedra ónix de una sortija, ¡fuera miedo!

— Maldigamos á Locusta.

— Maldigámosla.

— Maldita sea Locusta — dijo Agripina.

— Maldita sea Locusta — repitió Vitelio.

— Y sabe mucho.

— ¡Ya lo creo!

— Sabe dañar los bienes del vecino de quien se ampara en su ciencia. Como que una vez tenía yo muchos ratones en mi campo; le pedí la fórmula de conjurarlos, diómela, y se pasaron al campo colindante con el mío, al campo del vecino.

— ¿Qué más sabe?

— Sabe dañar á los enemigos de aquellos que la pagan, quitándoles desde la razón hasta la vida.

— Por esos medios nos libertará de Claudio.

— Sabe dar bebedizos para que te amen aquellos seres por quienes deseas ser amado.

— ¡Excelente poder!

— Sabe resucitar los muertos y traerte á la vista y á la conversación los espíritus.

— ¿De veras?

— Sabe, por último, hacer oro.

— Y si sabe hacer oro, ¿cómo no habrá ya comprado el mundo?

— Toquemos un díptico de bronce para preservarnos de sus maleficios nosotros y dirigirlos contra los demás.

— Toquémoslo.

— Alza ese ladrillo.

— ¿Para qué?

— Para poner esta barba de lobo.

— ¡Agripina!

— Y esta muñequita de cera.

— ¿Con cuál fin?

— Con el fin de adivinar si nos engaña ó no. ¿Lo comprendes?

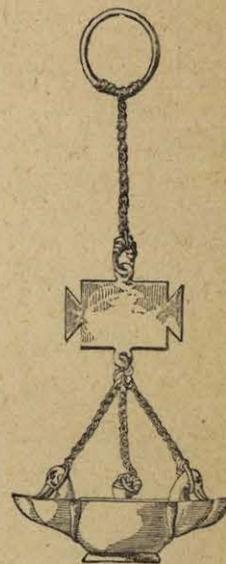
— Haré aquello que tú digas. Yo te sigo ciegamente, y te obedezco sin pestañear, y te creo sobrenatural, y te atribuyo el don de los milagros y sé cuán industriada estás en todas las artes y ciencias del mundo.

Agripina y Vitelio emprendieron una caminata subterránea conducente desde la montaña del Palatino á la prisión donde se hallaba recluída Locusta. Pasaron bajo tierra todo el Palatino, y tras el Palatino todo el Foro, en laberinto confuso de calles profundísimas que parecían un dédalo infernal. Como no querían compañeros y como no se podía discurrir por aquellos abismos, sino con el previo asentimiento de Agripina, parecían dos seres sobrenaturales pertenecientes á otros círculos de la vida que los naturales y efectivos. Temperatura igual, aire pesadísimo y rarificado, humedad siniestra extendían por doquier en el triste silencio y en la desolada soledad sombras de verdadera muerte. Sin embargo, Vitelio y Agripina, como buenos conocedores del sitio, lo recorrían á una con grande seguridad, sin retroceder y sin pararse, como quien sabe perfectamente adónde y por dónde va. En el ángulo formado por el encuentro de la vía del Foro de Marte con la vía del Cliro del Asilo se detuvieron, y removiendo una gran piedra, en cuya remoción parecían tener sobrenaturales fuerzas, entraron dentro de un abismo tapizado por enormes piedras ciclópeas. Ningún escrúpulo, ni miedo, ni recelo habíalos detenido en aquel viaje; ante ningún obstáculo, ni de los materiales ni de los morales, se habían parado. Una escalera enorme, con gradas colosales, conducía desde aquel ingreso gigantesco al sitio requerido y buscado en la extraña peregrinación. Las aves nocturnas rozaban la frente de Agripina, muy serena de suyo, no obstante lo siniestro de aquel contacto, espantoso en aquella hora y en aquel sitio. Por algunos agujeros fosforeaban los ojos de las lechuzas, que parecían como los fuegos fatuos producidos por fríos huesos humanos. Las paredes ennegrecidas y compuestas de una piedra de Alba gris, que parecían como petrificaciones de sombras, hubieran aumentado el terror, si aquellos dos seres, que no temían á su propia conciencia, pudieran temer algo en este mundo. Vivía Locusta en dos calabozos seme-

jantes á jaulas de fieras. Muy altos y muy amplios podía moverse á su antojo y congregar allí cuantos objetos creyera necesarios á su fin y cuantas substancias causaban, ora la demencia, ora la muerte. Realmente, al entrar allí buscabais el Caronte que os habla en su barca trasladado y conducido, pues no semejaba región del planeta nuestro aquel abismo, sino vestibulo del infierno donde han puesto el mal y los malvados todas las teogonías.

Por fin Locusta surgió. Todo era extraño en aquella mujer. Parecía cambiante y varia como si pasase por continua transformación. Ya tomaba el aire de una mendiga, ya el aire de una reina. Disminuíase la retina en sus ojos hasta parecer el punto que tienen las lechuzas ó la línea que tienen las gatas, y de pronto se aumentaba como la retina celestial de una diosa. Sus labios andaban en concordancia y congruencia con los ojos. Así formaban ora frases parecidas á las vulgaridades más corrientes, ora ideas de una sublimidad increíble. Lo más extraño en ella era lo penetrada que aparecía de su oficio maravilloso y de su ministerio sobrenatural. Creíase dotada por los cielos con el don de los milagros. Contaba que podía con un abrir y cerrar de ojos petrificaros y convertirlos de ser libre y vivo en vuestra propia estatua. El encantamiento y la hechicería en ella se realizaban como la cosa más natural del mundo si la oíais. Sabía matar, pero también devolver la vida. Lo mismo hundía en el sepulcro una persona, que del sepulcro la evocaba después de podrida y olvidada. Una túnica de lino blanco, pintada con pajarracos y ramajes extraños, la vestía; un cinturón rojo bordado de oro le apretaba la túnica fuertemente al talle; caía de sus hombros á sus pies por las espaldas un manto de gasa negro sembrado de argénteas estrellas, y la coronaba una diadema de azabaches muy estriados que parecían despedir misteriosas chispas en sus relucientes reverbeos. Su pecho se alzaba y se bajaba en guisa de fuelle que á la continua soplase, como que le atribuía ella en sus pretensiones al soplo suyo la virtud sobrenatural de arrancar un astro al cielo y sumergirlo en el orco. Así los conocimientos astrológicos y las cosas celestiales constituían el principal distintivo de su inteligencia. Y la prueba de ello teníaisla en que atizaba las lámparas de su laboratorio con igual cuidado que una vestal el fuego sacro de su templo. Aunque

una mano mortal haya encendido esa llama, decíase á sí misma ella, ¿dejará de ser como una parte del fuego celestial que arde allá en el sol y en los astros, teniendo como éstos un origen divino? Su lámpara lucía perpetuamente, y en las manos llevaba una lamparilla inextinguible que completaba sus collares de amuletos y sus anillos de magia y sus bordaduras de sortilegios. Nadie sabía su procedencia de cierto. Creeríaisla unas veces natural de Caldea, otras de Tesalia, siempre de una región célebre por hechicerías, encantamientos y quiromancias. Ella escamoteaba un cadáver en medio de cualquier funeral. Como los montañeses tesalios, tenían los ciudadanos de Roma que asegurar sus muertos, si no querían verlos perturbados en el sueño eterno por los conjuros de Locusta. Como que habla en Egipto aprendido el arte de adivinar; y tan profetisa como evocadora cual si tuviese á su arbitrio vida y muerte, no sólo mataba, como hemos dicho, sabía resucitar los muertos y juntaba de nuevo en este mundo los espíritus y los cuerpos separados por toda una eternidad. Así conjuraba para que le auxiliasen á sus brujerías el silencio de las noches, el misterio de Coptos, el arcano de Menfis, la crecida del Nilo, el sistro de Faros. Con darle un mechón de vuestros cabellos adivinábaos todo lo pasado y os decía las buenas ó las malas venturas de vuestro porvenir. Debíais guardaros de ella, porque á su gusto y voluntad podía metamorfosearos en ave, haciendo pluma el vello, y convertirlos en planta, sacando ramajes de vuestros músculos. Así, lo mismo amenazaba con sus conjuros al sol que cubría de almas los aires cual si fueran moscas, y lo mismo conseguía que oyeráis lamentos de muerte ó címbalos de regocijo en vuestras orejas. Tal era la mujer de quien iban Agripina y Vitelio á requerir un veneno. Misteriosa ella en sí misma, la superstición había con sus sombras acrecentado en torno suyo el misterio y unido á lo que sus esfuerzos propios le granjeaban de más extraño milagros y fábulas de toda inverosimilitud, connaturales á los tiempos en que las fala-



Lámpara

cias reemplazan á las creencias. Necesítase un esfuerzo verdaderamente sobrehumano para trasladarse á un siglo como el siglo de Nerón y comprender por este traslado en alas de vuestra fantasía el papel que representaba Locusta, erigida en verdadera institución al conjuro de las ideas romanas. Pero la hipnosis, el magnetismo, los desarreglos nerviosos, las intuiciones y adivinanzas harán siempre juego en la vida, mientras que la humanidad no se reduzca de suyo al tiempo presente y quiera por un ciego impulso anticiparse lo porvenir. En el estado moral é intelectual de Roma no satisfacían la previsión lógica y el cálculo de las probabilidades matemático; eso era demasiado lento y reducido: necesitaban hacer lo hecho por Agripina respecto de Locusta. Los poderosos del tiempo lo habían todo sometido abajo; nada más natural que los intentos de dominar en lo alto. Cuando la paz romana les había hecho de todos los hombres sus esclavos, y convirtiendo la tierra en calabozo, no había dejado libertad más que á los seres colocados en el trono, es decir, á la familia imperial, justo era que, viéndose tan segura ésta de todo cuanto á sus pies se dilataba, quisieran asegurarse también de todo cuanto se dilataba sobre sus cabezas. Y así como por los espías, por los esbirros, por los delatores, por los verdugos, se apoderaba de abajo, quería de arriba también apoderarse por los magos, por los hechiceros, por los brujos, por los adivinadores, por los quiromantas. Servirse de la muerte como de un instrumento más de opresión sobre los oprimidos, y conjurarla en todo lo posible, cuando se metía con ellos, con los opresores: he ahí el código de los tiranos que se habían apoderado de Roma, y el conjunto de móviles que determinaba en Agripina y en Vitelio aquel conjunto de hechos extraños hasta rayar en verdaderamente inverosímiles. La emperatriz, la mujer de Claudio, la madre de Nerón, la tutora de Británico, la suegra de Octavia, que presidía junto á su esposo los tribunales y el Senado; que recibía los embajadores y ministros de todas las regiones del planeta; que, después de hallarse con todos los príncipes y señores de la tierra emparentada, descendía en línea recta de todos los dioses helenos y romanos; esta emperatriz casi divina, omnisciente y omnipotente, iba, como cualquier muchachuelo que quiere saber cuanto hace su novia, y como cualquier palurdo que busca su ho-

róscopo en la correlación entre las rayas de sus manos y las estrellas del cielo, á saber de Locusta, primero lo que hacía su esposo á espaldas de la mujer, y luego lo que podría propinar á éste con mayor seguridad y acierto para, desasiéndose de su molesta compañía, colocarlo, como nuevo dios, en las alturas y cumbres del Olimpo.

— Aquí estamos Vitelio y yo — dijo Agripina dirigiéndose á Locusta.

— Sabéis — contestó la embaucadora — que siempre me hallo á vuestras órdenes y que os obedezco cual pudiera el puñal obedecer al brazo y el brazo á la voluntad.

— Como que te contamos — dijo Agripina — entre las grandes instituciones sociales y te creemos ejecutora de nuestros más sobrenaturales decretos, de los que regulan la muerte, sí, el eterno y absoluto misterio.

— ¡Cómo en la muerte se muestra, cuanto hay de ceniza en el hombre, baja; y cuanto hay de llama en el hombre, sube!

— ¡Justo! — dijo Agripina, mientras Vitelio escudriñaba todo aquello con espanto. — ¡Justo! Vengo á decirte algo de la muerte y de la inmortalidad.

— La composición trinitaria del hombre — añadió Locusta, mirando vagamente á su interlocutora — me fué mostrada en el templo egipcio de Isis, iluminado por las ideas alejandrinas. Allí supe que todos eran una trinidad, cuerpo, alma, espíritu. Por el cuerpo pertenecemos á la tierra; por el alma pertenecemos á la humanidad; por el espíritu pertenecemos á Dios.

— Ya conozco, Locusta, cuanto sabes del origen y del fin de todas las cosas; ayúdame con todos tus pensamientos y con todos tus filtros á escudriñar lo que hay oculto y á proceder como debo después de lo escudriñado y sabido, á proceder como pidan de mí la salvación de Roma y la salvación de mí misma.

— Te digo que somos trinitarios en el deseo de verte acertar en la consulta que traigas tú y verme á mí acertar en la respuesta. La vida corporal se concentra en el vientre, donde se hallan el hígado y el estómago; la vida sentimental se concentra en el pecho, donde se halla el corazón; la vida espiritual se concentra en el cerebro, donde recibimos las visitas de los dioses.

— Repito que de la muerte y de la inmortalidad vengo á departir contigo.

— El alma sube y el cuerpo baja.

— Yo quiero hacer, Locusta, de un mortal un inmortal.

— Comprendo. No debes decirme nada más. Lo comprendo todo.

Y Locusta levantó los ojos y los brazos al cielo. Después de haber levantado los ojos y los brazos al cielo, derribóse por tierra y empezó á darse golpes con la cabeza en el pavimento y á hacer gesticulaciones como de verdadera epiléptica. Tras esto dió tres soplos en su lámpara, los cuales, en vez de apagar, avivaron su luz. Después de haber dado tres soplos en la lámpara, cogió una pata de ternera é hizo tres círculos en el aire; después de haber hecho con la pata de ternera tres círculos en el aire, se arrodilló tres veces sobre una piedra con letras cabalísticas grabada; después de haberse arrodillado tres veces sobre una piedra con letras cabalísticas grabada, dió tres saltos en el aire que parecían como tres revuelos; después de haber dado estos tres revuelos, pronunció tres palabras mágicas, y después de haber pronunciado estas tres palabras mágicas, se quedó inmóvil y rígida como una verdadera estatua. ¡Parece imposible que gentes tan ajenas á todo escrúpulo como Vitelio y Agripina, pudiesen presenciar todas aquellas farsas sin soltar el trapo á reír y tomarlas á chacota, parece imposible! Pero así eran las gentes y así andaban los ánimos. Vitelio, desde un rincón, miraba todo aquello con terror; y Agripina, en aquellos ejercicios, tomaba como Locusta parte, siguiéndola, cual si también ella ejerciese de maga y quiromántica y teurga. Mas, tras todas estas ceremonias de una endiablada liturgia; interrumpida la inercia que había petrificado á la móvil hechicera por algunos momentos; recobrado el fulgor de los ojos que parecían extintos, y vuelto el pecho á sus resuellos y á sus ronquidos la garganta, preguntó, sacando las frases de una ronquera siniestra y con esfuerzo:

— Antes de hablar, ¿deseas ver algo que te interese?

— Deseo ver unas tablillas que mi esposo ha encerrado, esquivándose de mis miradas, en sus particulares alacenas ocultas.

En cuanto Agripina expresó tal deseo, hizo Locusta que se asentara sobre un almohadón, y sentada ya, la miró de hito en

hito con fijeza, tocándola con una varita de acero la frente, hasta que la emperatriz se quedó en profundo sueño absorta y dormida. Puso Locusta el dedo índice con imperio en sus labios para que Vitelio no se moviese ni hablase, y por un cuarto de hora seguido imperó en aquella misteriosa región un profundísimo silencio. No parecía que la emperatriz durmiese; parecía que hubiese perdido toda vida. Ni la respiración se oía. Ningún movimiento tenía, ninguna señal de vida y ser daba en aquel profundísimo letargo. Locusta miraba con toda serenidad y alternativamente al rostro de Agripina y al reloj de arena colocado sobre una de las mesas. Apenas habían transcurrido quince minutos, cuando dió grande clamor, á cuyo estruendo la dormida se despertó, y se agitó como á la ráfaga de una tempestad el testigo de aquella escena, el senador Vitelio. Apenas despierta, como si estuviese fuera de sí, echó á correr en todas direcciones Agripina, dando vueltas y más vueltas de un lado para otro, como si quisiera buscar á alguien ó algo y de alguien ó de algo huir. Vitelio hubiera querido preguntar la causa de tal carrera; mas Locusta lo retuvo con tanto imperio en su gesto silencioso y le dirigió una intimación muda tan poderosa, que se quedó inmóvil y fijo en su sitio. Después de haber corrido desde un lado á otro la emperatriz y de haber mostrado en sus gestos, ademanes y actitudes una grandísima extrañeza, dejóse caer sobre los almohadones donde había dormido aquel brevísimo espacio, meditando en profunda y reconcentrada meditación.

— Permíteme — dijo Vitelio al cabo de cierto tiempo — que interrumpa y corte tu silencio.

— Estoy aún fuera de mí por causa de lo visto en sueños.

— ¿Qué has visto?

— Pues he visto la confirmación evidentísima de cuanto yo sospechaba.

— ¿Qué sospechabas tú?

— Que tras tanto prometer y jurar Claudio, había desheredado á Nerón y mandado á Británico su corona.

— Y ¿lo podías dudar?

— No puedo ya dudar.

— Desde que no lograste separar de Narciso á tu esposo, preveía yo tal caso.

- En verdad hice todo lo posible para conseguirlo.
- Y no habiéndolo tú alcanzado, tan poderosa en el ánimo de Claudio, nadie lo alcanza.
- Nadie.
- Narciso mató á Mesalina, creyendo reinar en absoluto sobre Claudio, y por ende sobre Roma.
- Pero me interpuse yo, y perdió el omnímodo influjo, aunque guardara y retuviera una grandísima parte.
- Desde aquel día no ha descansado un momento ni un minuto.
- Persiguiéndome como si fuese yo Mesalina, y pugnando por que todo sucediese cual si en realidad no hubiera Mesalina muerto.
- Tienes razón; porque de haber vivido Mesalina, su poder no llegara, no, allende de recabar la corona del mundo á su Británico.
- No ha descansado un punto hasta recabar ese logro.
- Y necesita para proceder así muchas agallas, porque Británico habrá de pensar en el desagravio de su madre algún día, y para desagraviarla, no habrá de hallar otro medio más propio que ofrecer la inmolación de aquel que, no solamente movió el ánimo de Claudio á decretar la muerte de Mesalina, sino que, olvidado éste de su decreto, mató él á la mujer casi perdonada.
- Pues, con eso y con todo, esta es la hora en que, puesto á servicio del hijo de Mesalina, el tal redomado liberto ha conseguido que Claudio declare su heredero á Británico en perjuicio de Nerón.
- Y no hay que divertirse y recrearse con ilusiones mentidas.
- La exaltación de Británico, no sólo significa el marro de todas las esperanzas puestas por nosotros dos en un próximo reinado de Nerón; significa también nuestra muerte inmediata.
- No se contentarían de seguro con desterrarnos á cualquier isla; nos desterrarían al orco.
- Y no estamos para permitir que nos maten á manera de las reses entradas con toda resignación en el matadero.
- No, moriremos luchando á guisa de leones.
- Moriremos matando.
- Y si matamos á tiempo, no moriremos.

- Precisa matar.
- ¡Pues á matar!
- ¡Locusta! – gritó Agripina dirigiéndose á la maga, que se había quedado en un rincón al paño durante todo este coloquio.
- Señora – dijo con toda la humildad Locusta, encogiéndose y acurrucándose, como si quisiera desaparecer ante tanta majestad y grandeza.
- Necesito un veneno sutil que pueda mezclarse á una comida succulenta.
- Lo tendréis.
- Necesito que no haya contraveneno alguno bastante á contristar tal mortífera substancia.
- No lo habrá.
- Necesito que, tomado y absorbido el veneno, ningún remedio contra sus estragos se halle por ningún rincón en el mundo.
- No se hallará.
- Necesito tener yo espacio suficiente á disponer todo lo necesario para que Nerón suceda y herede á Claudio en el espacio que medie de algún modo entre que absorba éste su veneno y reviente, como deseamos, el cuitadísimo.
- Tú no tienes más que mandar, Agripina, y no tengo yo más que obedecerte. Yo soy la retorta en que las substancias corrosivas se mezclan; yo soy el pomo donde se guarda el veneno; yo soy como un ingrediente que penetra en la homicida mixtura: la voluntad, que lo propina, eres tú. Hágase tu voluntad entera.
- Y con estas palabras creyó haber Locusta descargado su conciencia.
- Ya sabes que Claudio tiene fama de comilón.
- Y de bebedor también.
- Ya sabes que se atraca como un cerdo.
- Vamos, se necesita un veneno tal que parezca muerto de indigestión.
- Has adivinado todo mi pensamiento.
- Lo pondré por obra.
- Claudio gusta de las setas como el manjar de los manjares.
- Lo sé.
- Por consecuencia necesario en las setas mezclar tus filtros.